

CUEVA, JUAN DE LA (1543-1612)

*LA MURACINDA*

La horrible empresa, el espantable efecto  
de la sangrienta Alecto administrado,  
canto, de los dos bandos encontrados:  
el uno de los gatos infieles  
y el otro de los perros animosos  
y leales, y cómo fueron muertos  
y vengados los gatos de su ofensa  
de haber muerto a la gata Muracinda.

Oh musa, a quien le toca este cuidado  
no te desdeñes del sujeto humilde,  
pues ya cantó de ranas y ratones  
el smírneo poeta, y la sagrada  
lira de Mantua, en números divinos  
nos dejó la memoria de un moxquito.

Tú (oh celeste Can) que entre los astros  
tienes tu asiento, envía tu socorro  
en favor de tus canes, que la Muerte  
los tiene condenados a que mueran,  
por el orden fatal que iré contando.

Tomares, es un agradable pueblo  
principio del riquísimo Ajarafe  
puesto en la altura de una ecelsa cumbre,  
famoso por los frutos de que abunda  
y por su ilustre fuente esclarecido.

Este fértil lugar de Baco y Palas  
por la parte del Euro que le espira  
y la Aurora le da la luz primera,  
mira a la sacra Hispalis y al Betis  
cómo ciñe la vega de Triana,  
fértil de vides y árboles frutales;  
de aquí se ve, volviendo el rostro al Bóreas  
de la rica Triana el llano asiento,  
do está el Tribunal sacro que defiende  
la verdadera fe contra Lutero;

desde aquí, atravesando el pueblo ilustre,  
que dos millas está nuestro Tomares,  
donde esta historia su principio tuvo,  
que fue éste su origen verdadero:

En los tiempos pasados tuvo un cura  
de gran doctrina y de virtud ejemplo,  
que a todo aquel lugar administraba  
los divinos oficios, enseñando  
las cosas de la Fe a la rudeza  
del vulgo agreste que tenía a su cargo.

Un día sucedió, que entró en su casa  
cuando el Sol puesto en su mayor altura,  
hería la tierra con derechos rayos;  
ocupó el padre cura, silla y mesa,  
bastecida de frutas y viandas  
con moderada cantidad en todo,  
que la mesa templada desta suerte  
huye con menosprecio, y abandona  
la gulosa abundancia, que promete  
dar de comer a cien epicúreos  
y osa a Fabricio convidar en ella;  
prosiguió su comida, y tomó un hueso  
(en que el Hado encerró la dura muerte  
que lo había de ser de tantas vidas)  
y echóselo a la gata Muracinda  
a quien él regalaba con extremo.

Desto se ofendió mucho Tribugena,  
una podenca dél tenida en mucho  
porque en su ministerio era ecelente;  
gimió entre sí, dudando qué haría,  
con mil bascas airada, vacilando,  
dio tres aullidos y escarbó la tierra  
de la ira instigada en que vía arderse;  
temiendo al cura estaba suspendida,  
viendo el agravio, ardía en furor y rabia.

Al fin rompió el enojo la templanza;  
sin poder más de sí, dejó las dudas  
que tan perpleja la tenían dudando,  
llena de horror sin recelar ya nada  
llegó a la gata, acometió a quitalle  
por fuerza el hueso; ella lo defiende  
con boca y manos, erizado el pelo.

Tribugena en quitárselo porfía,  
y ambos asidos dél, la Muracinda  
largó la presa y aprestó las uñas  
aferrando la cara a la podenca,  
que toda se la aró de un cabo a otro  
que le obligó a dejar el factal hueso;  
sentida del dolor y del agravio,  
de los lomos le hizo fuerte presa  
saleándola a una y otra parte  
sin largalla jamás de entre sus dientes,  
rindió el vital espíritu a la Muerte.

Cuando el cura su gata vido muerta  
desvía la silla y la mesa arroja,  
dando crecidas voces sin concierto  
maldiciendo la perra y quien la trujo  
a su poder. Echando por los ojos  
fuego, de la congoja y el enojo,  
arremetió con ella, y con un cabo  
de una hacha, le dio inhumanos golpes,  
que la tendió en el suelo, echando sangre  
por la boca, los ojos, y narices;  
y queriendo acabar con ella, un lazo  
corredizo le puso a la garganta,  
mandando a dos criados, que en comiendo  
la llevasen al campo y la ahorcasen.

Amarróla a una reja que tenía  
en el zaguán, y vuelve a ver su gata,  
que cercada de gatas y de gatos  
estaba, que Mardux, un gato amigo  
como la vido muerta, en los tejados  
se subió maullando y dando aviso  
del desastrado fin de Muracinda.

Al lloroso maullar, por los tejados,  
por las calles, las puertas, y ventanas,  
por las bardas, vallados y portillos  
acudió tanto número de deudos,  
conocidos, amigos, y obligados,  
sin que en el pueblo y toda su comarca  
quedase por venir un solo gato,  
que llenaron la casa de alto a bajo.

Un gato que servía a un hortelano,

llamado Tusicol, de mucha fama,  
que había hecho muchos desafíos  
y muerto muchos gatos en campaña,  
era un gato montés, de grande cuerpo,  
de cervix gruesa, y de tendidos pechos,  
de fuertes brazos, y leoninas garras,  
llegó airado con feroz denuedo,  
alta la cola y erizado el pelo;

los ojos, que del caxco le saltaban,  
un grueso troncho de una llanta al hombro  
con tres o cuatro clavos a la punta  
queriendo así imitar la hercúlea clava,  
cubierto el cuerpo de la piel de un perro  
(que su amo ahorcó de una higuera)  
cual de la piel nemea el gran tebano,  
diciendo que por éstas sus insignias  
habían de conocello como Alcides  
por las suyas, pues le era igual en hechos.

Muchos reían de la insignia loca,  
otros, de temor déél, se la aprobaban,  
que la fuerza tiránica compele  
a hacer voluntades a su gusto.  
Lo primero, en llegando, miró al cura  
haciéndole una grande cortesía  
y sin aguardar más, se puso en medio  
del concurso de todos, enclavando  
los ojos en la muerta, aulló dos veces  
que a todos hizo estremecer de miedo,  
y más cuando esta voz dellos fue oída:

«¿Dónde puedes estar, oh Muracinda,  
que no te pueda yo volver al Mundo  
sin que el trabajo ni el temor me rinda  
ni cuantas fuerzas hay en el profundo?  
Si estás allá, verás cómo deslinda  
mi brazo, que desvuelta al Sol jocundo,  
que, por la Estigie y sus ardientes fuegos  
te sacaré, sin música ni ruegos.»

Prosiguiera adelante en sus razones  
Tusicol, si un clamor no le estorbara  
que entre todos los gatos y las gatas  
se levantó, pidiéndole que un riesgo  
tan notorio evitase a su persona.

Sosegóse el escándalo, sentóse  
entre todos, bajando el grueso troncho.

El rumor que había oído Capirote,  
el perro perdiguero del vecino,  
lo llevó a la casa conocida  
de donde conoció que había salido;  
entró, y en el zaguán halló amarrada  
a Tribugena, en sangre y tierra envuelta;  
levantó el pelo en alto de horror lleno;  
gimiendo amargamente le pregunta:

«¡Querida mía! ¡Tribugena mía!  
¿Qué es esto? ¿Quién te ha puesto desta suerte?  
¿Quién ha tenido manos ni osadía?  
¿Quién si te conoció pudo ofenderte?  
Dime, ¿qué es esto? Que el pavor me enfría  
la sangre de las venas y la muerte  
está comigo ya. ¿Por qué difieres  
de contarme tu mal? o, ¿de qué mueres?»

Levantó la cabeza Tribugena  
gimiendo y basqueando con su daño  
y esta razón, envuelta en tristes ansias,  
dejó salir de la sangrienta boca:  
«Qué quieres que te diga Capirote,  
si me ves con la soga a la garganta,  
aguardando que tuerzan el garrote  
o me suspenda la primera planta.»  
«No te fatigue tanto ni alborote  
eso, que tanto con razón te espanta  
-respondió el perdiguero-, ten esfuerzo  
que tú verás como su intento tuerzo.

No es tiempo -dice- que hablemos tanto,  
sino acudir con presta diligencia  
a remediar tu vida y tu quebranto,  
con deshacer tan áspera sentencia.  
Libre te verás luego, deja el llanto,  
y advierte que procedas con prudencia  
en tu huida, y a tu tío Lautaro  
vayas, que te asegure y dé su amparo.»

Esto diciendo, con presteza coge  
la dura cuerda entre sus fuertes dientes  
y empiézala a roer con tal instancia

que la tronchó, y el lazo aflojó luego  
dejando la garganta que apretaba.

Libre de su congoja Tribugena,  
guiándola su amigo Capirote,  
dejan la casa y toman el camino  
de Sevilla, do espera su seguro.

El perdiguero, habiéndola dejado  
en Triana, que ya quedaba en salvo,  
subió la cuesta y torció el camino  
escondiéndose siempre por las viñas  
y yermos eriazos encubiertos,  
porque nadie pudiese dar noticia  
que lo vio en el camino y fuese indicio  
para que se aclarase su secreto,  
en que fue tal su arte y tal su astucia  
que de nadie entendido entró en su casa,  
que parece que le iban ayudando  
todas las cosas a su buena obra.

Habiendo los dos mozos satisfecho  
con Baco y Ceres su enojosa hambre,  
contentos sus estómagos, dejaron  
la mesa, y a cumplir la letal suerte  
que les mandó su amo en Tribugena  
salieron, y llegaron a la reja  
donde su amo la dejó amarrada;  
hallan el lazo roto, sin la perra,  
admíranse y no saben qué hacerse,  
quedándose mirando el uno al otro;  
pavorosos del caso, dieron voces  
llamando a su señor a grande priesa,  
que no con menos diligencia vino,  
y viendo la ocasión a que lo llaman  
de furor lleno, así habló con ellos:

«Decí, desmesurados, ¿no os afrenta  
que lo que encomendé a vuestro cuidado  
con tal descuido y con tan poca cuenta  
lo hayáis con menosprecio mío olvidado?  
¿Qué hombre habrá que desto no se sienta?  
¿Qué hombre habrá que evite el ser vengado?  
¿Qué prudencia hay que temple un justo enojo?  
¿Qué razones de un blando desenojo?»

Quiero enfrenar la cólora, y dejaros,  
que no faltará tiempo ni ocasiones,  
pues me dais tantas que podré pagaros  
con obras, como ahora con razones;  
id por todo el lugar, sin ocuparos  
en más que en dar alivio a mis pasiones,  
con buscarme, y traerme aquí arrastrando  
aquella infernal perra que os demando.»

No dijo más, y vuelve las espaldas,  
llevado de su enojo, a su aposento;  
los criados tomaron el camino  
a cumplir lo que el amo les mandaba.  
Oyendo estaba este despacho Nusco,  
un admirable gato que tenía  
vividos más de cuatrocientos años  
con aromas y cosas preparadas  
ocultas a los hombres, que él sabía  
de los celestes astros e influencias.

Este, viendo el escándalo que daba  
la fuga de la perra, en medio puesto  
de los llorosos gatos, así dice,  
en Tusicol los ojos enclavando:  
«Toda la admiración que así os altera,  
el escándalo ciego que os conturba,  
corregid, y los ánimos quietaldos  
lanzando el miedo si en alguno reina.  
La perra que huyó, que tanto aflige  
al señor de la casa, y a vosotros,  
está en Sevilla, convocando perros,  
con favor de Lautaro, un tío suyo,  
que cruda guerra nos promete a todos.»

Levantóse un clamor entre los gatos,  
que no se oía razón, diciendo que ellos,  
siendo en cuerpos y fuerzas desiguales  
con los perros, pues uno solo dellos  
a cuatro gatos los haría pedazos;  
otros de mejor ánimo pedían  
la guerra a voces; otros toman armas  
y se salen al campo; otros sosiegan  
el confuso alboroto con decilles  
que ellos no saben más de lo que Nusco  
dijo: que despachasen una espía  
o al mismo Nusco, y con acuerdo en esto,

Tusicol, puesto en pie, a Nusco dice:

«Esta empresa a ti solo es a quien llama,  
que nadie sino tú puede emprendella;  
acude a tu gloriosa y clara fama  
que nos ilustra el vivo esplendor della.  
Mira el temor que en todos se derrama  
y antes de ver la guerra veo temella;  
por eso, amigo, ve, y de ti entendamos  
qué es esto, qué hay en esto, o, qué esperamos.»

Puso fin Tusicol a sus razones,  
y Nusco, al punto en una nube envuelto  
se metió en un revuelto remolino,  
de la vista de todos desviándose,  
que no los dejó poco pavorosos.  
Llenos de frío temor quedaron todos,  
del horrible espectáculo temblando  
de ver a Nusco ir midiendo el aire  
y aguardar el suceso de la guerra  
que les había declarado a todos,  
trayendo a la memoria aquel desastre  
antiguo, do murieron tantos gatos  
yendo a aquella conquista desdichada.

Dice Panusco, escritor de pauta,  
(de novecientos años a esta parte  
corriendo del Era de Bambino)  
que hubo un gato real en estas partes,  
de grande esfuerzo, y de mayores hechos;  
fue toda su privanza un gato armenio,  
que supo más que el sabio Zoroastes  
en los secretos de la oculta mágica,  
y que también Demócrito sabía  
todas las maravillas que dél cuentan  
de un libro que dejó en su lengua escrito,  
y que se la enseñó una gata vieja  
en cinco años que le oyó lecciones.

Dicen, que estando un día los dos solos,  
el rey le preguntó al gato armenio  
le dijese si el reino de los simios  
podía su potencia conquistallo;  
y que le dio el armenio por respuesta  
que suyo lo vería en breve tiempo,  
y al rey Monululi, vasallo suyo.

Esto le encendió el ánimo sediento  
de guerras, y sin más difirir punto,  
tocó cajas, enarboló banderas,  
señaló oficiales y ministros,  
pregonando la guerra a sangre y fuego  
contra los simios, descuidados desto.  
Juntó la más florida soldadesca  
que jamás en el mundo se vio junta,  
pagada por dos años, desde el día  
que la flota a la vela se hiciese,  
Aderezó gran suma de bajeles  
que al mar debajo lo tenían sujeto;  
cargáronlos de jarcia y municiones  
con variedad de todas vituallas  
y bastimentos para muchos días.

Aderezado todo, el rey dio a Gonco  
de general de la aprestada flota  
la conduta, que usando al punto della  
levar anclas mandó, largar escotas,  
tender al viento las cogidas velas  
que un fresco cierzo las levantó luego.  
Dejaron las riberas conocidas  
y por el ancho reino de Anfitrite  
con proas herradas las cerúleas ondas  
rompiendo, las cubrían de blanca espuma;  
navegaron dos lunas sin ver tierra  
y al cabo descubrieron a Gambico,  
a Gonguz, Manitaya, Cayolinga,  
fértil de cañashejas y algarrobas,  
que parecían un alto promontorio.  
Viraron a la diestra, y dieron fondo  
en Vayaco, do son los simios verdes,  
con lana que le arrastra por el suelo.

De aquí, torcieron el timón a Lula,  
huyendo de un hedor de escarabajos  
de que infestados se morían los simios;  
rayendo tus arenas, Bolicoya,  
entre tus altos chopos escondida,  
pasó la fuerte armada, y tú, Oliminda,  
desde tus altas cumbres la mirabas.  
Por entre Blinda y Sirna dieron vista  
a Nirva, copiosísima de hongos,  
tan grandes como está la luna llena,

que en ella menguan, y en menguante crecen.

Todas estas provincias conquistaron  
con gran valor los animosos gatos.  
Llegaron a Cocumba, donde el llado  
les guardaba su fin; aquí se dijo  
que era Cocumba el Leteo de gatos.  
Tiene Cocumba, que la cerca en torno,  
un fértil prado de agradable vista  
todo de espesos árboles compuesto,  
y una peña de cuatro rodeada  
que defienden al sol que no caliente  
una fuente de vino que corría  
por el prado, los árboles regando.

Los gatos, conociendo el fértil puesto  
hicieron alto, basteciendo mesas  
de viandas y vasos del copioso  
vino, a que todos luego se aplicaron  
con libre destemplanza, de tal modo  
que iban cayendo todos, uno a uno,  
sin que quedase gato en todo el campo  
a quien el vino no rindió y el sueño.

Los simios, todos puestos en celada,  
viendo que no podían resistillos,  
salieron de repente dando en ellos,  
y fue con tal hervor y tal fiereza  
que a pocas vueltas, no dejaron gato  
que no fuese despojos de la Muerte.

Desto hacían memoria algunos gatos,  
y lloraban con tierno sentimiento  
de la presente guerra, que escuchando  
estaba Nusco entre los perros puesto,  
en su nube revuelto sin ser visto;  
vía la multitud que se juntaba  
en el cerro que ciñe el matadero  
que llaman vulgarmente el Terremoto.

En esta altura puesto el gran Lautaro  
aulló tres veces, y ladró otras tantas;  
gimió, escarbó la tierra, miró al cielo  
(que el cuidado es estímulo pungiente  
y da poco sosiego donde asiste,  
cual en Lautaro la ocasión sangrienta),

y dejando salir la voz horrible,  
así habló con denodado aspecto:

«No es tiempo ya que punto difiramos  
la ejecución de la venganza nuestra,  
oh leales amigos, si estimamos  
el claro honor, que en vos su esplendor muestra.  
Este rostro de sangre que miramos  
de mi sobrina, a todos nos adiestra  
a quitar tantas vidas cuantas gotas  
han dejado salir sus venas rotas.

Un agravio de honor no se perdona  
ni satisface sin letal castigo,  
éste pide mi ofensa, éste baldona  
mi nombre, en que esté vivo mi enemigo;  
la guerra a voces mi furor pregona,  
la guerra acabe el justo fin que sigo;  
ea, amigos, al arma, al arma mueran,  
que ésta ha de ser la redención que esperan.

Vamos, y nuestro campo alojaremos  
en Guadaira, y cuando esté dispuesto,  
y todo junto, el orden tomaremos  
que más convenga que se haga en esto;  
sígueme todos, vamos, ocupemos  
aquel ameno y deleitoso puesto,  
de donde ha de salir la fiera muerte  
a los que nos provocan desta suerte.»

Levantó en alto la enroscada cola;  
todos al mismo punto lo imitaron  
con un clamor horrible, de la suerte  
que los fieros Gigantes cuando andaban  
en su mayor ardor contra el gran Jove,  
de su asiento los montes arrancando,  
y con ellos hiriendo el alto cielo.

Dejándose bajar del cerro al llano  
pasan el fértil llano del glorioso  
San Sebastián; dejándolo a la diestra  
entran en la dehesa de Tablada,  
tan abundante en pasto, que sustenta  
cien mil reses, y más, en todo tiempo.  
En su demanda, los valientes canes  
llegan a Guadaira y por sus llanos

y espaciosa ribera se alojaron.

En su revuelta nube estaba Nusco,  
mirando todo lo que había pasado,  
maravillado del furor y rabia  
en que todos estaban encendidos,  
tan conformes al gusto de Lautaro.  
Levantó su vapor, dándole aliento  
un blando soplo que lo puso en medio  
de los amigos, y dejando verse,  
con tal razón propone su embajada:

«Obedeciendo el justo acuerdo vuestro,  
oh valientes guerreros, vengo a daros  
cuenta de lo que vi al contrario nuestro  
que al can trifauce jura de acabaros;  
a sola su arrogancia y brazo diestro  
remite el destruir y asolaros  
Lautaro, sin pensar que hay otra suerte  
más poderosa que su brazo fuerte.

Allí tiene consigo a Tribugena,  
mostrándoles a todos las heridas  
que le dio el cura, a quien también condena  
con los demás que han de perder las vidas.  
Resuelto en esto, en la ribera amena  
de Guadaira, tiene recogidas  
sus fuerzas, con mil fuertes compañeros  
con que os piensa asaltar y deshaceros.»

Levantóse un clamor tan espantable  
a la postrer razón que a Nusco oyeron  
que en grande espacio no se oyó otra cosa  
que llorosos maullidos y confusos  
llantos, que el aire suspendía con ellos,  
cual en la gran Cartago el postrer día  
que dio el severo cónsul por respuesta  
que la ciudad le diesen, para dalla  
al fuego, que encendiéndose en clamores,  
desesperados de ningún remedio,  
a las armas los llantos remitieron.

Así los gatos, viéndose perdidos  
y amenazados, cual les dijo Nusco,  
dejaron el lloroso sentimiento  
y al rabioso furor se entregaron todos

tomando armas, demandando a voces  
que abusar fuesen luego a su enemigo.  
Tusicol, viendo el súbito alboroto  
puesto en medio, esta plática les hace:

«Amigos míos, ese ardor y saña  
no importa ahora, sino ver primero  
quién nos da su favor, o quién nos daña,  
qué nos promete o niega el justo agüero.  
Estar nuestro enemigo en la campaña,  
amenazarnos el desnudo acero  
de poco sirve, si la suerte nuestra  
nos asegura con fortuna diestra.  
Désta nos has de dar, Nusco ecelente,  
verdadera noticia, consultando  
con aquella deidad que te consiente  
que rostro a rostro, tú le estés hablando.  
Esto ha de ser con priesa diligente,  
pues ves el riesgo que nos va apretando,  
y por tu voz nos sea revelada  
la salud, de ti solo confiada.»

Nusco, sin replicar, se puso en medio  
del conmovido pueblo, y miró a Oriente  
con sesga vista y con semblante fijo;  
esto hizo tres veces, y a la última  
en el suelo tendió el anciano cuerpo;  
volviese a levantar, arañó el suelo  
y en los mismos arañes rechinase;  
gimió, y dando un maullido se levanta,  
y comenzó la tierra a estremecerse,  
con no poco terror de los presentes;  
desquebrajóse aquella sola parte  
donde Nusco hincó las corvas uñas,  
abrió una boca, y della salió un gato  
de grande cuerpo y espantable aspecto,  
la piel negra, los ojos relucientes,  
que dos ascuas de fuego parecían;  
púsose en pie, maullando con voz ronca,  
deste modo habló generalmente:

«Venceréis, morirán vuestros contrarios  
si el consejo seguís de una raposa,  
no deis en esto pareceres varios  
que no falta la suerte gloriosa.»

Tres veces los miró con eficacia  
y otras tantas volvió a mirar la tierra;  
dio un gran maullido, enclavijó las manos,  
y por donde salió dejó calarse  
juntándose la tierra dividida.

Quedaron todos del estraño caso  
llenos de admiración y pavorosos,  
suspensos, con turbado encogimiento,  
mirándose los unos a los otros  
sin color ni semblantes de estar vivos.

Este silencio les rompió Murina,  
gata noble, querida de Lugato,  
que del frío temor le dio un desmayo  
que la derribó en tierra amortecida.

Movió del mismo espanto Murilega  
tres hijos, parecidos a su padre  
Brusco, de ruedas negras en piel parda,

A ti, oh grave Lisco, te alcanzara  
mayor parte, si Nusco no acudiera  
a tu querida hija Galatina  
viéndola desmayar, con una poma  
de aromas de Pancaya, que la tuvo  
en su entero valor y todo esfuerzo,  
corrigiendo la fuerza del desmayo  
con que se fue, huyendo aquel peligro,  
que visto por Birlonco en el que estaban,  
y el desmayo que a todos descaecía,  
vibrando un asta de acerada punta,  
puesto en medio de todos, dice a todos:

«¿Qué es esto? ¿En todos hay tanta flaqueza  
que os amedriente un gato de esa suerte?  
Oh amigos, ¿dónde está la fortaleza  
con que menospreciábades la muerte?  
¿No oíste el seguro y la certeza  
que os dio?: que venceréis el bando fuerte  
del enemigo, si al acuerdo diestro  
de una raposa remitís el vuestro.

Esto en voz clara lo espresó, y le oíste  
que dejéis de seguir acuerdos varios,  
que no temáis la suerte que temistes,

que condena a morir vuestros contrarios.  
Dejad pues el temor y el estar tristes,  
seguidme, y mueran nuestros adversarios,  
pues claramente nos revela el cielo  
nuestra vitoria y su lloroso duelo.

Mi fuerte brazo os asegura el hecho,  
no dudéis, ni os encoja el torpe miedo,  
tomad las armas, defendé el derecho  
de las vidas y honor que yo os concedo.  
Ea, leones, dad el satisfecho  
de vos, y de mí entiendan lo que puedo,  
que este brazo es cuchillo de la muerte  
que asolará del mundo lo más fuerte.»

Cansado Tusicol de oír las vanas  
y soberbias razones de Birlonco,  
empuñado a su troncho en pie se puso  
demudado el color, con feroz cuño  
acercándose a él, así le dice:

«¿No entiendes que hay aquí tan buenas manos  
como las tuyas? Y a decir mejores  
no me alargara con desgarros vanos,  
como los tuyos son de habladores.»  
«Ponte a ti esos títulos livianos  
que usurpas de los dioses los honores»,  
-Birlonco respondió-, y terció su lanza.  
Tusicol fue sobre él con gran pujanza.

Cual llenos de furor dos fuertes toros  
criados en las yermas soledades  
del carrizal, furiosos se arremeten  
el uno contra el otro procurando  
quitalle a su enemigo la vitoria,  
así Birlonco y Tusicol valiente,  
el uno contra el otro se embistieron  
con golpes y lanzadas rigurosas;  
ajustáronse el uno contra el otro  
en proporción, midiendo la distancia,  
y Birlonco le dio un bote en los pechos  
a Tusicol, que le pasó al soslayo  
porque se perfiló en el movimiento;  
al mismo tiempo, Tusicol descarga  
un golpe sobre el hombro de Birlonco  
que le arrancó la lanza de la mano

y sin sentido lo tendió en el suelo  
regándolo de roja sangre y huesos.

Indináronse todos de tal suerte  
que contra Tusicol vuelven las armas,  
y él contra todos con su grueso troncho  
los desviaba, y unos sobre otros  
iban cayendo sin poder valerse.

Lanisco quiso con veloz presteza  
gozar del regulado movimiento  
y ganalle la maza en levantando;  
mas Tusicol, desgraduando un paso,  
le dio entre las dos cejas, que los ojos  
de su lugar al punto se cayeron  
y el cuerpo se tendió en el duro suelo;  
tres veces dijo ¡lam!, cuando espiraba;  
«vaya contigo ¡lam!, que no te entiendo  
o quede con tus deudos a vengarte»,  
dijo el valiente Tusicol burlando.

El atrevido Escaramujo, viendo  
la muerte de Lanisco, su pariente,  
tomó del suelo una rolliza piedra  
y puesto cara a cara, se la tira;  
Tusicol la recoge, de la suerte  
que el diestro jugador de la pelota,  
y atrás volviendo el vigoroso brazo  
se la volvió a tirar con más pujanza  
y en mitad de la boca se la encaja,  
que al punto las quijadas, hechas piezas,  
dientes, muelas, y ojos, y él, cayeron.

Aquí llegó el Furor, libres las manos  
del acerado nudo, que en el templo,  
en tiempo de la paz le tuvo atado,  
y en el revuelto campo se abalanza  
con su mortal deseo de que acabe;  
mas Nusco, de los astros inspirado,  
que la fatal raposa se acercaba,  
quiso dar fin al áspero combate  
que Tusicol lo dio, con dar la vida  
cayendo entre los pies de sus contrarios  
a la Muerte entregada su braveza,  
hecho pedazos todo de heridas.

Los gatos, viendo muerto a su enemigo  
Tusicol, arrastrándolo lo llevan  
y con dientes, con uñas, y con armas  
menudas piezas lo hicieron todo,  
por el campo esparciendo los pedazos.

Habiendo dado a su furor sosiego  
con la debida muerte a su enemigo,  
todos los gatos, en alegres danzas  
se juntaron, el orden aguardando  
de la sangrienta guerra que esperaban.

Estando desta suerte, un estupendo  
trueno se oyó de donde viene el día  
y respondió en el último occidente,  
que era de donde por el aire vino  
la raposa; y en medio dellos puesta  
con rostro alegre, esta razón pronuncia:

«Llegado ha el tiempo, en que veréis cumplido  
cuanto se os prometió, sin faltar cosa,  
vuestro enemigo muerto y destruido,  
y por vos, la vitoria rigurosa;  
conviene al punto ser aquí traído  
el cuero muracindo, y en la airosa  
punta desta mi lanza lo clavemos,  
y por insignia y por guión llevemos.  
El cuerpo sin la piel, meté en la tierra,

que le sirva de honrada sepultura,  
y cuando deis la vuelta de la guerra  
dad a la humilde huesa más altura;  
y porque el claro sol su luz encierra,  
dando lugar a la tiniebla oscura  
que cobije las plantas y animales,  
en silencio dejando los mortales.

En este punto, habemos de ir siguiendo,  
de la tiniebla oscura rodeados,  
a Nusco, que una luz llevará ardiendo  
que os será norte para ser guiados.  
Las armas todos id aperciendo,  
que ya de la ocasión os veis llamados,  
y cuando en ella estéis, invocá el nombre  
de Cogolula, que al contrario asombre.»

Así habló la prodigiosa zorra,  
y todos muy alegres acudieron  
a prevenir las cosas importantes.  
Quitáronle la piel a Muracinda,  
pusieronla en la punta de la lanza,  
dieron el desollado cuerpo al hoyo  
que de la propia tierra fue cubierto  
levantando las márgenes en alto;  
juntaron cuanto convenía al viaje  
con hervorosa y diligente priesa,  
porque ya el carro del luciente Día  
a bañarse en Tartesio declinaba,  
y luego que la luz faltase al mundo,  
habían de ponerse en el camino  
que Nusco estaba lineando a priesa  
con una vara, en que tenía revuelta  
una horrible culebra verdinegra  
de ardientes ojos y vibrantes lenguas.

Ya a este punto, con oscura sombra  
la fría Noche acompañando el Sueño,  
cercada de humidades cubría el mundo,  
a las cosas poniendo nuevas formas;  
largó Nusco la vara, y la culebra,  
dando silbos, el cuello levantado,  
vibrando sus tres lenguas, fue arrastrándose  
por el camino en que se puso Nusco  
que había de ser por donde fuesen todos,  
que viéndolos dispuestos al efeto,  
prevenidos de todo, así les habla:

«Con gran silencio mis pisadas sigan  
todos, sin desviarse un solo paso,  
que el fin veréis de aquellos que os fatigan  
antes que el sol nos deje y baje a ocaso.  
A creer lo que digo, en fe os obligan  
oráculos más ciertos que en Parnaso,  
que habéis oído que faltar no pueden  
o faltarán los que a la edad preceden.»

Con la razón postrera dio principio  
al secreto viaje el sabio Nusco  
yendo con la encendida luz delante  
que le servía al ejército de guía;  
detrás de todos iba la raposa,  
enarbolada la vibrante lanza

en que iba la piel de Muracinda.

Por este orden, caminando todos,  
bajaron el altura de Tomares  
y tomaron los llanos de la Vega;  
desviándose siempre de poblado  
llegaron a la falda del famoso  
Asnalfarache, margen del gran Betis,  
que llegando a sus húmidos cristales  
sobre la diestra mano se apartaron,  
que en pequeña distancia era el opuesto  
del enemigo ejército que buscan.  
Entró en el Betis Nusco y salió fuera  
diciendo a los amigos congregados:

«El paso que venimos procurando  
por las líquidas ondas se os ofrece;  
pasar podemos sin estar dudando,  
que el líquido cristal se os endurece.  
Seguidme por do veis que os voy guiando,  
despedid el temor si os entorpece,  
que la seguridad os acompaña,  
y mi fe, que ni os miente ni os engaña.»

Todos, sin aguardar, se arrojan juntos  
y caminan por cima de las ondas  
como si caminaran por la tierra.  
Con no menos firmeza ni seguro,  
instados de la priesa que llevaban,  
llegaron a las márgenes cubiertas  
de arenas de oro, y estampando en ellas,  
con alegre placer los pies y manos.

Viendo Nusco que en tierra estaban todos,  
fuese del Betis desviando un poco,  
y acercándose más al enemigo  
que teniéndolo ya a la vista, y cerca,  
hizo alto, y formó en orden su campo.  
Lo primero, hincaron en la tierra  
el asta con la piel de Muracinda  
a la vista del campo del contrario;  
y con silencio, se aprestaron todos  
aguardando la luz del nuevo día  
con algún descontento, aunque animados  
con las grandes promesas que traían.

En varios ejercicios se ocupaban.  
Unos, en prevenir mortales armas  
y tenellas dispuestas en sus puestos  
teniendo cierto que vendría el contrario  
a dar sobre ellos, luego que el Oriente  
al mundo diese los primeros rayos;  
otros hacían trincheras, levantando  
la tierra; otros, llenaban de fajina  
los vacíos, de piedra y blando lodo.

Ellos en esto, la hermosa Aurora,  
coronada de rosas, dio principio  
en su dorado carro al claro día,  
restituyendo al mundo la belleza  
que la oscura tiniebla le usurpaba.

Al punto que de luz se llenó el aire,  
los canes vieron el contrario campo;  
sobresaltados del horror, ladrando,  
escavando la tierra, dando aullidos,  
a dar noticia fueron a Lautaro  
del caso, y el primero fue Corrusco,  
un lebrel islandés de grande estima,  
que lleno de furor, así le dice:

«Paréceme, Lautaro, que entregamos  
al descuidado sueño nuestras cosas,  
y cuando al enemigo procuramos  
son nuestras diligencias perezosas;  
ayer, a dura muerte condenamos  
de los gatos las fuerzas temerosas,  
mas hoy, con menosprecio nos procuran  
y poco de amenazas nuestras curan.

Mira un formado ejército, que viene  
buscándonos, y enfrente se te ha puesto;  
mira en qué estima y mira en qué nos tiene,  
pues nos busca y se pone por opuesto.  
No hay que aguardar, ni sé qué nos detiene  
en embestillos; vamos, que no es presto  
ir luego, pues su vida difirimos  
un punto desde el punto que los vimos.»

Bufó Lautaro, y dio un ladrido, horrible  
que a todos puso en pavoroso espanto,  
aunque indinados y de rabia llenos,

entorno dél, al punto se pusieron  
pidiéndole que fuesen asaltados  
antes que les viniesen nuevas fuerzas.  
Mas Lautaro, en voz alta, así responde:

«Ir, y hacer pedazos esos gatos,  
y otros tantos diez veces, ¿qué hacemos?  
Deshacelles sus locos aparatos  
sólo con que con ira los miremos;  
es a nosotros propios ser ingratos  
y no darnos la gloria que debemos,  
si nos ven, que las armas levantamos  
y con tan vil canalla peleamos.

Quiéroos decir, que un hecho tan oscuro  
lo remitamos a la noche oscura;  
no ofendamos con él el aire puro,  
ni del día la eterna hermosura.  
Apercebíos, que ante todos juro  
que esta noche ha de ser su sepultura,  
la diligencia y el secreto encargo,  
y en dar más advertencias no me alargo.»

Llenos de orgullo y ufanez quedaron  
dando de gozo saltos y ladridos,  
juzgando ya por suya la vitoria;  
y entre todos, Corrusco se la aplica  
con más seguridad y confianza,  
y queriendo mostrar su grande esfuerzo  
una cosa haciendo señalada,  
que fuese vista de uno y otro campo,  
a Lautaro llegó con tal demanda:

«No me parece cosa conveniente  
al honor nuestro, que el contrario tenga  
levantada bandera, y puesta enfrente  
de ti y de tu campo, la mantenga.  
Y así, si tu grandeza me consiente  
que arrastrándola aquí con ella venga,  
irétela a traer, y voy, no entienda  
que hay quien te la defienda y nos ofenda.»

Luego, en diciendo esto, con fiereza,  
precipitado de un furor rabioso,  
su camino siguió, dando ladridos  
que en el real contrario los oyeron;

y así, se apercibieron y aguardaron  
qué podía ser, y puesto enfrente,  
junto al guión, con alta voz les dijo:  
«Oíd gatos, oíd, si no os ha muerto  
el temor de mi vista, que es la muerte  
para vosotros; y tened por cierto  
que ésta ha de ser vuestra segura suerte.»  
Nusco le respondió: «tu desconcierto  
nos ha dado ocasión a responderte:  
di que vivos estamos y te oímos,  
no muertos cual dijiste, aunque te vimos.

Hablá con más prudencia, y menos fieros,  
llevarás la respuesta que pidieres,  
y entiende, que hemos visto perros fieros  
y no tan insolentes cual tú eres.»  
«Gatillo, ¿contra mí muestras aceros?»  
Corrusco replicó. «Sé quién quisieres,  
perrón», respondió Nusco, «y no hablemos  
tanto, pues ocasión y armas tenemos.»  
«Oh triste gato, ¿contra mí te muestras  
con tanto brío? Pues escucha atento  
a lo que vengo, y ocupad las diestras  
de armas, en no dándome contento.  
Esta bandera y las insignias vuestras  
que están en ella abatiré al momento,  
porque la tengo de llevar conmigo,  
que lo manda Lautaro, y yo lo digo.»

Riose Nusco y dijo: «a tu demanda  
respondo. Escucha atento la respuesta:  
dile a Lautaro, que eso que te manda  
que nos digas, oímos con gran fiesta;  
que muy errado, y sin acuerdo anda  
en pedir la bandera que está puesta  
por blasón nuestro; y que tenga cierto  
que antes que allá la vea, estará muerto.»

«Yo tengo de llevalla si el profundo  
todo junto se pone a defendella»,  
le respondió Corrusco, «y esto fundo  
en que es mi voluntad, y he de hacella.»  
«Tu voluntad, y la de todo el mundo,  
con su defensa puedo deshacella,  
que cuatro gatos tiene que la guardan  
que de diez como tú, no se acobardan.»

De oír esta razón se airó Corrusco,  
y sin responder cosa, asió del asta;  
al punto Nusco se le asió a los lomos,  
y otros tres juntos, levantando el pelo,  
cara a cara con él arremetieron.  
El asió al uno, y los demás le asieron  
de los ojos, y luego largó al gato  
por acudir a su defensa, dando  
fuertes gemidos, sin poder valerse,  
que Nusco le iba abriendo por los lomos  
y los demás los ojos le arrancaban;  
y ya de todo punto estaba ciego,  
ambos ojos sacados de sus cuencas  
y todo lo demás hecho pedazos,  
vertiendo tanta sangre, que sin fuerzas,  
con un pesado golpe vino al suelo,  
el cuerpo, de la vida ya desierto.

Viendo Nusco sin vida a su contrario  
mandó que doce gatos lo llevasen  
arrastrando, y lo echasen en su campo,  
que habiendo visto el áspero suceso  
llenaban todo el aire con aullidos,  
y más cuando tan cerca lo hallaron  
tan otro del que fue, creció el ruido  
con mayor alboroto y más escándalo.

Lautaro, porque no le enflaqueciesen  
a los demás los ánimos, él propio  
hizo hacer un hoyo y enterrallo,  
por quitárselo a todos de la vista,  
y juntando a consejo, mandó a todos  
que se aprestasen con secreto apriesa  
sin que el contrario oyese un solo aullido.

Con esto, quedó todo en un profundo  
silencio, y luego la factal raposa,  
viendo ya la ocasión a que venía,  
apartándose a solas ella y Nusco,  
deste modo razona sobre el caso:

«Nusco, a gran priesa el Hado me espolea  
que vaya a dar principio a la vitoria  
de nuestros gatos, y que el mundo vea  
el triunfo suyo de inmortal memoria;

dispón, cual ya te he dicho, a la pelea  
a todos, y asegúrales la gloria  
de la batalla, y con esto, amigo,  
vete, que yo la suerte factal sigo.»

Diéronse entrambos un estrecho abrazo;  
Nusco se fue al ejército, y la zorra  
el camino derecho de Tablada  
entró por él, ufana de contento  
de ver tan agradable y fértil sitio,  
donde tan grande número de reses  
cual vía que por él se apacentaba,  
que, admirada, iba a trechos deteniéndose,  
sin saber a cuál fuese a dalle cuenta  
del negocio importante a que venía.  
Yendo así, llegó junto a donde estaba  
un novillo paciendo, al cual pregunta:

«Dime, así tengas favorable al cielo,  
gallarda y bella res: ¿a quién respeta  
todo el ganado deste fértil suelo?  
o, ¿quién por fuerza o fuero lo sujeta?  
Yo vengo a él en un penoso duelo  
que con amarga sujeción me aprieta,  
a suplicalle que su brazo fuerte  
a un tirano deshaga y le dé muerte.

Ponme con él y séme buen tercero,  
así jamás el yugo trabajoso  
oprima tu cervix, ni tu vaquero  
a ensangrentar tu piel sea poderoso;  
así jamás te llague el duro acero  
encerrado en el coso riguroso,  
y en pasto abundes siempre y agua clara,  
y seas señor de la deidad avara.»

Admiróse el novillo, y puso en ella  
(dejando el pasto) la ligera vista,  
y condolido de su tierno llanto,  
a su razón esta razón responde:

«La novedad del caso me suspende  
y la estrañeza de animal tan nuevo  
a mis ojos, y cierto que me ofende  
no poder acudir a lo que debo;  
ir a quien me demandas, que pretende

tu estrecho menester, yo te lo apruebo  
por parecer discreto, en quien sin falta  
hallarás el remedio que te falta.

Al invencible Carrizal procuras,  
que es el más fuerte toro deste prado,  
y en la braveza tal, que no hay seguras  
fuerzas, ni fue con ellas sojulgado;  
a éste contarás tus desventuras  
y no dudes que veas remediado  
tu afán, si en contra el mundo se opusiere,  
porque con él no hay más de lo que él quiere.»

Así dijo el novillo a la raposa,  
poniéndose en camino entrambos juntos,  
por el yerboso prado, procurando  
al fuerte Carrizal, que a pocos pasos  
llegaron donde estaba, y el novillo  
a la raposa dice desta suerte:  
«En la presencia estás del poderoso  
y no vencido Carrizal, que es éste;  
despide el sobresalto pavoroso,  
que no te ayuda, ni hay de qué te preste  
Llega, y dile tu estado congojoso,  
y entiende dél, que sin que afán te cueste  
negociarás con él, luego que entienda  
que buscas su favor que te defienda.»

Maravillóse la prudente zorra  
de la fuerte grandeza y del hermoso  
color bayo y de la piel lustrosa,  
de la gruesa cerviz y torva frente  
cubierta en torno de crecido pelo  
(que a modo de corona la ceñía),  
que en cualquier movimiento le ondeaba  
del recogido rostro y cortos cuernos,  
en igual proporción las corvas vueltas,  
no desigual en la hermosa vista  
que el otro toro robador de Europa.

Estando así suspensa, cobró esfuerzo,  
porque el novillo se lo puso enfrente,  
y poniendo en el suelo ambas rodillas,  
con esta humilde voz hirió su oído:  
«Si da tu permisión a mi bajeza,  
gran Carrizal, de ilustre y clara fama,

licencia, que refiera la braveza  
del afecto inhumano que me llama;  
éste me corta, y tiene en tal flaqueza,  
que con ser tal el ansia que me inflama,  
me pavorece imaginar que tengo  
de mirarte y pedirte a lo que vengo.»

El fiero Carrizal alzó a este punto  
la barba, de tusar la fresca yerba,  
y viéndola postrada en su presencia  
mandóla levantar, y que dijese  
la causa de venillo procurando;  
sin que le anude el frío temor la lengua,  
ella, con nuevo espíritu, propone:  
«Fácil cosa me fuera darte cuenta  
(habida tu licencia), del extraño  
caso, que tantos daños representa  
nacidos todos de un altivo daño;  
éste desplace al cielo, y descontenta  
a la tierra, y le ofende el falso engaño  
de un arrogante can, que ardiendo en ira,  
tiene formado un campo en Guadaira.

Su horrible intento es a dar la muerte  
al hidalgo linaje de los gatos,  
confiado que no hay potencia fuerte  
que no rindan sus grandes aparatos.  
Los gatos, recelosos desta suerte,  
teniendo en todo los agujeros gratos,  
juntaron su poder, y a procurallos  
vinieron, a morir o refrenallos.

Esto ha de ser mediante el favor tuyo,  
oh fuerte capitán, dando tu amparo  
a los gatos, que ven el poder suyo  
a la disposición del gran Lautaro;  
de la memoria de quién es rehúyo,  
porque en braveza y en esfuerzo es raro,  
de tal suerte, que dice altivamente  
que su ladrido rinde al más valiente.

Este loco blasón, y otros tan fieros  
dice, y con los afetos satisface,  
pues no hay en todo lo que ves vaqueros  
que al río lleguen, que esto y más no hace.  
Ayer hizo pedazos mil carneros,

lo propio hace en tus reses si le place,  
que hoy mató tres novillos que llegaron  
al agua, y dos huyendo se ahogaron.

Suplicante por mí, que tu grandeza  
muestres en deshacer este tirano,  
porque, en faltando al día la belleza  
que le da Apolo, y baje al mar oceano,  
ejecutando su bestial cruera  
sobre nosotros con armada mano  
ha de venir a dar, y deste intento  
vendrá nuestro total asolamiento.»

Puso las manos, y arrasó los ojos  
de ardiente agua, dando mil suspiros,  
mirando al fuerte Carrizal al rostro,  
a sus pies se tendió de largo a largo,  
que lleno de furor dio un gran bramido  
cavando el suelo con entrambos brazos,  
echándose la tierra por los lomos;  
no quedó res, oyendo que bramaba,  
que al bramido espantoso no acudiese,  
y, en torno dél, aguardan qué les manda;  
y volviendo a bramar, mirando a todos,  
mandó a la zorra levantarse, y dice:

«Aparejaos, amigos, y asolemos  
un fuerte can que nos ofende y daña,  
y en menosprecio nuestro lo tenemos  
con un formado ejército en campaña.  
Seguídme, apriesa, apriesa, no aguardemos,  
que probar quiero su braveza estraña,  
alabada de tantos, y temida  
más que la muerte y por su igual tenida.»

Diciendo esto, le mandó a la zorra  
que se fuese, y dijese en nombre suyo  
a los suyos, que el miedo desechasen,  
que él iba de socorro a socorrellos  
con toda aquella fuerte compañía.  
Mandóle a Tarascón, el bravo toro,  
a quien dio Guadiana el primer pasto,  
y a Rayo, el ferocísimo novillo  
(bisnieto del famoso Caldereta,  
que en la plaza del Duque de Medina  
en Sevilla, dio muerte a tantos hombres,

sin podello encerrar para corrello),  
fuesen con ella, y libre de peligro  
la pusiesen en salvo con los suyos.

La zorra, con humilde reverencia,  
se despidió de Carrizal, y en medio  
la cogieron los dos que la guardaban;  
dando alegre principio a su camino  
iban el fértil prado atravesando,  
por donde andaba un oledor zorrero  
tras de su agudo aliento rastreando;  
diole el de la raposa, y al momento  
vino a dar donde estaba, y junto a ella  
con arrogancia dijo estas razones:  
«Esta vez, madre zorra, iréis conmigo  
sin que os libren de mí vuestros engaños,  
aparejaos, seguid la vía que sigo  
si no queréis probar mayores daños.»  
La zorra se rió, y le dijo: «amigo,  
¿ha que nos conocemos muchos años?  
Ese comedimiento le agradezca  
Lautaro, o a quien más que a mí apetesca.»

Enmudeció de cólora el zorrero  
y furioso arremetió a la zorra,  
mas el fuerte novillo, enfurecido  
bajó la barba y levantó la frente  
y cogiéndolo en medio de los cuernos  
una gran pica y más lo arrojó en alto;  
quiso dalle otro bote, y desvióse  
por que en el duro suelo se estrellase,  
donde quedó tendido como muerto,  
echando roja sangre por la boca.  
Rió la zorra, y con sus fuertes guardas  
a proseguir volvieron su camino,  
con tal cuidado, que a la presta vuelta  
con presurosa priesa los instaba  
y la honrosa ocasión les daba voces.  
Llegaron al real de los amigos,  
que no poco cuidadosos aguardaban  
la vuelta de su amiga la raposa,  
y viéndola venir entre los toros  
llenos de admiración se suspendieron  
mirándose y mirándolos turbados.

La zorra, conociendo el pavoroso

espanto en que vía a todos, puesta en medio,  
larga cuenta les dio de su suceso,  
refiriendo por orden las razones  
de Carrizal, y la promesa suya  
de venir en socorro, y destruille  
su mortal enemigo. Aquí alentaron  
los descaecidos ánimos, alzando  
con alegre placer confusas voces;  
mas el discreto Nusco, en medio puesto,  
sosegar hizo el alboroto, y dijo:

«Leales y magnánimos amigos  
enviados de aquel caudillo fuerte  
a corregir los fieros enemigos  
que nos conturban y desean la muerte.  
¿A quién puedo hacer, si a vos testigos  
del bien que por vos canto en nuestra suerte,  
levantando la voz en vuestra gloria  
que haré eterna en la inmortal historia?»

Oyendo esto, levantaron todos  
tan gran clamor, que el aire suspendían  
diciendo: «viva Carrizal, y sea  
entre los signos celestiales puesto.»

Con alegres semblantes, los dos toros  
en oyendo estas últimas razones,  
agradecidos dellas, demandaron  
licencia, y despidiéndose de todos,  
a buscar su caudillo dieron vuelta,  
quedando todos disponiendo cosas  
a la ocasión que aguardan convenientes.

Ya del golpe mortal volvió en su acuerdo  
el zorrero, y cayendo y levantando,  
y a veces arrastrando por el suelo,  
poco a poco a su campo se acercaba,  
cuando marchando vio venir en orden  
a Carrizal, con toda su potencia,  
encaminando al campo de Lautaro;  
aquí con nueva turbación se yela,  
y como mejor pudo, aunque sin fuerzas,  
por el amigo campo a grandes voces  
entró diciendo: «alarma, alarma, amigos,  
que nos viene buscando un gran contrario.»

Llenos de alteración, acuden todos  
a un ladrido que dio Lautaro, en viendo  
el copioso ejército de toros  
que en orden circular venían cercándolo.  
Vino el valiente Tártaro el primero,  
dando ardientes gemidos de coraje,  
Charrazgo el islandés siguió sus pasos,  
y tú, oh Canastel, no detuviste  
el presuroso curso a tu venida;  
Turco y Trabuco no tardaron punto,  
imitando a Galfarro y a Celucho,  
que a toda priesa fueron tras Moloso.

Nabuco y Tiburón, como dos sacres  
en ligereza, llegan a Lautaro,  
que como iban llegando, los ponía  
en la vanguardia, y ya teniendo juntos  
de los perros de presa los famosos,  
y aquella parte dellos reforzada,  
con el resto, cerró la retaguardia,  
cogiendo en medio lo de menos fuerza,  
y así dispuesto a Carrizal aguarda,  
que con medidos pasos se le acerca  
hecho todo su campo media luna;  
ya que podían hablarse, el atrevido  
Baruquel rompió el orden, y saliendo  
de su hilera a donde el fuerte toro  
Tarifa estaba, llega y dice fiero:

«¿Qué nos queréis? ¿Qué nos venís buscando?  
¿Qué designos traéis contra nosotros?  
¿Qué guerra nos venís representando  
sin otra causa que querer vosotros?  
Volvéos, no queráis volver llorando,  
y esto no lo hiciéramos con otros;  
y si no lo hacéis como os lo digo  
no tenéis que aguardar sino el castigo.»

Tarifa, ardiendo en vergonzosa ira  
de la loca arrogancia, dio un bramido,  
y tras él, arremete con tal furia  
que cogiendo al can loco entre los cuernos,  
entre sus canes lo arrojó sin vida,  
dando con él a Tártaro tal golpe  
que sin sentido lo tendió en el suelo;  
levantóse turbado, y como pudo

arremetió a Chamorro, un toro hosco  
de los campos de Andévalo traído  
por el oculto Hado a dar la muerte  
a Tártaro, que asiéndole la parte  
que le cubre la boca, el feroz toro  
se mejoró, cogiéndolo en un cuerno  
por la mitad del vientre, abriendo puerta  
a las rojas entrañas y a la muerte,  
que entró al mismo punto que salieron.

Aquí Lautaro arremetió al novillo,  
que lo halló tan cerca que no pudo  
dejar de asirse dél, y forcejando,  
él por tenello, el toro por soltarse,  
ambos cayeron en el suelo juntos  
sin largar de la presa el fuerte perro.  
Vuélvense a levantar, y dando vueltas  
a un cabo y otro el bético novillo  
lo despidió de sí, dándole un golpe  
que le rompió un ijar, aunque al soslayo.

A Carrizal le acometió Nabuco  
y hallólo tan cerca, que le pudo  
alcanzar con un brazo un solo golpe  
que le hizo pedazos la cabeza  
y lo tendió sin más poder moverse.  
Turco venía asido de Bayoso,  
y Tarascón, asido como estaba,  
lo arrancó de la presa, atravesado  
por los pechos, rendido ya a la Muerte.

Los gatos, viendo ya la lid revuelta  
acuden, y en los lomos de los toros  
se subían, y allí con pies y manos  
se agarraban hincándoles las uñas,  
que con aquel estímulo incitados  
en rabioso furor, hacían gran daño,  
sin poder la contraria resistencia  
enfrenar su furor desenfrenado.

Aquí rendiste, oh Canastel, la vida,  
entre los fuertes cuernos de Bayoso,  
y tú, Almanzor, en los del gran Jarama;  
no te valió, brioso Mandricardo,  
tu ardiente orgullo ni tu fuerte presa,  
que en poder de Durango acabó todo;

ni a ti, Zambo, valió ser diestro en armas,  
que Tarifa deshizo tu destreza  
de un solo golpe que te dio en los pechos,  
por donde abrió que entrase en ti la Muerte.

Viendo Lautaro el gran destrozo y daño  
(que sin contraste) padecían los suyos,  
aulló y gimió tras esta voz llorosa:

«A ti, gran can, que el reino tenebroso  
donde preside el justo Radamanto  
atrueñas con ladrido temeroso  
y suspendes las almas en su llanto;  
a ti suplico en paso tan forzoso,  
a ti en tan triste y mísero quebranto  
invocan mis gemidos si valieren  
contigo, y sus afetos te movieren.

Ay triste, que deliro en ver mis males,  
pues voy tan ciegamente procurando  
remedio a mi valor entre infernales,  
y al Cancerbero piedad demandando.  
Lautaro: ¿qué es de ti?, ¿cuatro animales  
te van de esfuerzo y de valor privando?  
Vuelve sobre ellos, vuelve, y cuando mueras  
no mueres, pues perpetuo nombre esperas.»

No dijo más, y lleno de fiereza,  
dando aullidos y saltos de coraje  
con que a los suyos a lo propio incita,  
que no menos briosos aguardaban  
que la ardiente batalla se rompiese,  
puestos en sus lugares sin moverse,  
Lautaro, andaba requiriendo a todos  
y llegó a la vanguardia y reforzóla.  
Andando requiriendo las hileras,  
poniendo a unos y quitando a otros,  
el novillo lo vio, y rompiendo el orden,  
dando bramidos lo venía llamando  
a la lid que dejaron comenzada.

No rehusó Lautaro la pelea,  
ni se detuvo punto en embestille  
por la siniestra parte, y el novillo  
con gran presteza revolvió la frente  
dándole un golpe, y otro, que no pudo

hacer Lautaro presa, mas dio vuelta  
al mismo instante por la diestra banda  
y quedóse colgado de la oreja;  
el fuerte Rayo revolvió furioso  
sobre aquel lado, y por mitad del vientre,  
por entre los redaños y asadura  
rasgándose todo sin defensa,  
hasta la frente le escondió el un cuerno;  
volvióselo a sacar, y tras él junto  
salió el vital espíritu bramando,  
lleno de horror, envuelto con el aire,  
desamparando el natural albergue;  
entregado quedó a la fría muerte  
tendido entre los pies de su contrario  
que teniéndolo allí, dijo en voz alta:

«Pagado has tu arrogante desatino,  
tu loco orgullo y tu atrevido intento;  
ya tienes el castigo justo y dino  
a tu vano y altivo pensamiento;  
puédeste gloriarse, que fuiste dino  
que te privase yo el vital aliento,  
que es el mayor honor que pudo darte  
tu suerte, cuando más quisiera honrarte.»

Dijo el valiente Rayo, y dio la vuelta.  
Los canes, viendo a su Lautaro muerto  
un espantable aullido levantaron,  
y a sus contrarios arremeten fieros,  
dispuestos a vengallo o morir todos.  
Carrizal envió a que se juntasen  
las dos puntas, y en medio los cogiesen  
para romper de hecho la batalla.

Ya la ligera Fama había esparcido  
la nueva de la muerte de Lautaro,  
y llegado con ella a donde estaba  
recogida con guarda Tribugena,  
que en oyéndola, dando mil aullidos  
sale despavorida a procurallo  
muerto, y junto con él, rendir la vida.

Como la vieron ir los que en su guarda  
mandados por Lautaro habían estado,  
certificados de su cierta muerte,  
recelando la suya por su falta,

Turco, un fiero mastín, así les dice:

«Faltando el fuerte defensor Lautaro,  
que era nuestro gobierno y nuestro muro,  
nuestras fuerzas acaban sin reparo,  
y de nosotros perro no hay seguro.  
Paréceme en un riesgo que es tan claro  
(que a todos nos condena a un fin oscuro)  
no aguardemos, pues no hay a qué aguardemos  
muerto Lautaro, y muertos los que vemos.

Nosotros no venimos procurando  
guerra con tan valientes animales  
que nos van destruyendo y apocando,  
sin hallar fuerzas que les sean iguales.  
La casta Muracinda y su vil bando  
nos trujo a ejecutar sangrientos males  
en cuantos fuesen della, y pues la suerte  
se nos trocó, huigamos de la muerte.»

De todos fue aprobado el buen consejo  
que les dio Turco, y con veloz carrera,  
como si a cada uno le pegaran  
un ardiente cohete, así huyeron  
por el abierto llano de Tablada.

Tribugena, entre muertos y contrarios  
buscando andaba a su querido tío,  
hecha otra Guacolda en procurallo  
sin dar reposo a la mortal fatiga  
ni a su cuidado hervoroso, espacio,  
acompañado de mortales ansias  
que la traían sin tomar aliento;  
mil vueltas dando en torno por el campo,  
la diligencia le cumplió el deseo  
y la puso con él, donde en llegando  
se arrojó sobre el cuerpo dando aullidos  
envueltos en gemidos mal formados  
y con el muerto se quedó abrazada,  
traspuesta del ardiente sentimiento.

Ya a este punto los airados canes  
revueltos con los toros animosos,  
trabados todos en cruel batalla,  
andaban en sosiego unos y otros.

Murcilo vido estar a Tribugena  
gimiendo encima de su muerto tío;  
llamó a Granifo, a Tinelario, y Nicus,  
a Turil, Perindongo, y Marramao,  
que decendiesen de las reses todos  
y la prendiesen, y al real llevasen  
por el trofeo de mayor estima  
que podían llevar de sus contrarios.

Al punto que fue dellos acordado,  
al mismo lo pusieron en efeto,  
y todos juntos se agarraron della,  
y sin dalle lugar, ni oír voz suya,  
sobre sus hombros sin tocar al suelo  
la llevaron a Nusco y la raposa,  
que luego la amarraron fuertemente,  
y a la cola la ataron de un becerro,  
que Perindongo le saltó en los lomos,  
que lastimado de las fuertes uñas  
disparó berreando, dando saltos,  
a la cola llevando a Tribugena  
que a pocos pasos hecha fue pedazos,  
que sembrándolos iba por el campo  
entre los canes y los fuertes toros  
que en su batalla andaban encendidos.

Ya se habían juntado las dos puntas  
como les fue de Carrizal mandado,  
encerrando en un círculo los canes,  
que en viéndose en aquel estrecho apremio  
aullaron todos, conociendo claro  
su perdición, si no rompían por ellos,  
abriendo el paso estrecho que los cierra,  
vuelven la retaguardia y arremeten.  
Grifo el primero fue que embistió a Búcar  
y le asió de la cuenca del un ojo,  
dejándole lugar para alcanzalle  
un golpe que le abrió todos los pechos,  
y entre sus pies pisándolo, dio el alma.

El confuso escuadrón viene gritando  
aprieta, unos a otros impeliendo  
embisten con los toros, y ellos, fieros,  
dan en ellos haciendo gran matanza.  
Aquí, oh Burón, te despojó de vida  
el fiero Algaba, y tú, Vaivén, dejaste

entre los cuernos de Zaudín la tuya;  
aquí acabó, Lobuno, tu braveza,  
y la tuya, Africano, y tú, Maluco  
sin poder defenderte de Montano  
hecho pedazos de sus cuernos fuiste.

Por todas partes el clamor resuena  
mayor que tempestad de terremoto;  
unos gimiendo, que las vidas dejan,  
otros bramando, que las vidas quitan.

Oyendo Carrizal los espantosos  
bramidos de los suyos, y los flacos  
aullidos de los canes, dio un bramido  
diciendo: «amigos, la sazón es esta  
de romper estos flacos enemigos.  
¡A ellos!». Y rompió por la vanguardia  
desbaratando el orden que tenía.

Acudieron sobre él a resistillo  
gran número de canes animosos,  
que con rabioso ardor lo amenazaban;  
no pudiendo sufrillos ni aguardallos  
en medio dellos se abalanza fiero,  
y del golpe primero en ambos cuernos  
se levantó a Melampo y a Turindo,  
al uno atravesado por los pechos  
y al otro por mitad de los ijares;  
fue dando en ellos y arrojando canes  
que volando los vían por el aire  
tan altos, que llegaban casi a verse  
con el celeste Can que está en la Esfera,  
y algunos del calor volvían quemados.

Esparcía a los unos y a los otros,  
de la suerte que en Misia revolviendo  
la seca parva, el labrador levanta  
la paja, que del grano aparta el viento;  
no de otra suerte, el invencible toro  
iba esparciendo por el aire canes,  
que temerosos ya no le aguardaban  
y aullando se le iban retrayendo,  
derribadas las colas de desmayo  
entre las piernas, evidencia clara  
del temor que rendidos los tenía.

Tarifa, por un lado dio tras ellos,  
por él, dando a los suyos libre paso.  
Furor, desbarató una gruesa escuadra  
que para resistillo la formaron.

Carrizal, derribando y dando muertes,  
por cima de los muertos y heridos  
sin defensa llegó a la retaguardia  
seguido de los suyos, y en llegando,  
a los pocos contrarios que quedaban  
acabaron, cantando la vitoria  
por el valiente Carrizal a voces,  
que las estremidades las volvían,  
de Carrizal el nombre repitiendo.

Sus amigos, ante él arrodillados  
celebrando el alegre vencimiento,  
al fuerte capitán y a todo el campo  
daban las gracias con clamores altos.

Nusco llegó con la factal raposa,  
y habiéndose humillado en su presencia  
se levantaron, y en la llana frente  
una bella guirnalda le aplicaron  
que por entrambos cuernos la ciñeron.

Deste honor, Carrizal, agradecido  
lo sinifica con semblante alegre  
y se lo alaba con razones graves.  
Pusieron fin a tantos cumplimientos,  
demandando licencia para irse;  
los unos de los otros se despiden.

Carrizal, con los suyos, se fue al prado.  
Los vitoriosos gatos, donde estaban  
sus muertos enemigos, a quitalles  
los bélicos despojos que tuviesen;  
hallaron adornados de collares  
algunos, y quitándolos a todos,  
manifestaban su vitoria en ellos.

Cortáronle a Lautaro la cabeza,  
pusieronla en un asta por trofeo  
y un collar de veneras que traía.  
Con esto dieron tras de Nusco vuelta  
para pasar el Betis, que ya estaba

congelado, de modo que pudieron  
a las faldas llegar de Asnalfarache,  
de donde comenzaron su camino  
la Vega atravesando y a Triana.

Llegaron a la cumbre de Tornares,  
donde el sepulcro hecho a Muracinda  
levantaron, cercándolo de astas,  
en sus puntas poniendo los collares.